

¡Era cosa de miedo!

Alfonso Ocampo Young

A juzgar por la velocidad pasmosa con que avanzan las obras -y en haciéndose Satanás el desentendido-, un día, no muy lejano, estará listo para su entrega e inauguración, el edificio destinado al mercado Bolívar, naturalmente con la jactanciosa placa recordatoria "sine qua non". ¡Tened fe, ciudadanos!

En aquel mismo sitio se hallaba otrora la cancha del club homónimo, cuyo apellido "Nimble" significaba la presupuesta agilidad con la que sus jugadores esfumarían las ilusiones de sus adversarios futbolísticos.

Los campos lúdicos de este género se alquilan para ciertos espectáculos. Aquella noche había mucho entusiasmo en el público asistente a la función; desde el exterior se podía escuchar el vocerío. En cambio la terraza contigua a la entrada se hallaba desierta. Ya no estaban los merchantes que, como de costumbre, aprovechan la concurrencia para vender sus manjares. Mas, en la penumbra se columbraba la figura solitaria de una mujer que, sentada en el bordillo frente a su brasero donde se asaban los incitantes "anticuchos", parecía descabezar un somero, inquieto sueño.

Un roce desde atrás, en el hombro izquierdo, le volvió a la realidad.

Al soslayo entrevió lo que parecía el hocico de un animal atraído por el aroma de la parrilla. Como tenía entremanos un trapo -que a manera de servilleta colectiva solían usar sus clientes, cada cual a su turno y sin melindres profilácticos-, azotó con el dicho paño al intruso para espantarlo, exclamando con ese tono de hastío que nos causan las pijoterías: "¡Ah! ¡Perro, perro, largo de aquí!". Se arrelanó un poco, mientras mascullaba condenaciones contra esas gentes de mala entraña que echan a sus perrunas mascotas a la calle con la bulimia royendo el bandullo de las pobres bestezuelas.

Y de nuevo a su duermevela. En esto, por segunda vez sintió aquel contacto, ahora en el brazo. Lánguidamente, al abrir con fastidio los ojos... ¡Súbito! ¡Lo vio de frente! ¡Oh, santo san Roque! ¡No era un cánido... que era un félido! ¡Un león! ¡Sí, señor, un león africano de cuerpo entero!

Entonces esta inerme mujer, de vida tan apacible, cayó de espaldas, inerte y despatarrada. ¡Despatarrada... ella que siempre fue tan pudibunda!

¿Por qué arte nigromántico apareció esta criatura infernal del continente negro en este punto alto y tan lejano de su lugar?

Todo sucedía rápida y vertiginosamente. Hacía apenas unos instantes, en el interior de la cancha la gente se holgaba con las pruebas de los funámbulos y las bufonadas un poco tontas de los payasos. El "Circo de los Hermanos Morales", nombre de todas las pequeñas compañías del género, así como "señor Fisher"

apelativo indefectible de los jefes de pista.

Sorpresivamente ocurrió el acto más emocionante, fuera de programa y con la actuación del respetable público. En la jaula de fieras, levantada en la pista, algún descuidado peón había de jado un espacio libre entre dos paneles de la parte baja, lo cual fue aprovechado por el primer león en aparecer, quien bonitamente y como al desgaire, abandonó el ámbito enrejado y se dio a caminar por el pasillo de entre grupos de asientos preferentes. Los espectadores -a esta altura ya convertidos en actores- trasudando pánico cerraron el espacio tras de la fiera, impidiendo, involuntariamente, el paso del domador y ayudantes que intentaban volverla a su prisión.

El melenudo garbosamente recorría el camino hacia la libertad. Iba rabeando y rabeando como rabea las modelos en la pasarela y las "misses" en el concurso.

Grandes eran la confusión y el espanto, incrementados por el griterío del pueblo femenino que tornó la carpa en aulladero siberiano.

En verdad hubo de todo. La igualdad, democráticamente expresada al estar el miedo equitativamente distribuido. Una suerte de parodia relativa a la lucha de clases; los de palco y preferencia que estaban abajo (aunque económicamente eran de arriba) y, escapando al peligro, querían subir al amparo de las localidades populares; mientras que los adversarios de arriba (siendo realmente de abajo) trataban de bajar por ser el nivel del suelo más a propósito para la huida.

En medio de tanta baraunda ocurrió algo parecido a las creaciones de fantasía. Una agarena muy hermosa (¡todas lo son!), apremiada por la angustia pugnaba por subir a la grade-ría; pero su falda, elegantemente estrecha, se lo impedía y se lo impedía. Hasta que... una decisión instantánea y muy sensata: ¡Al diablo con el rubor! ¡Preferible ser comidilla de la gente y no comida del león! Del pensamiento a la acción: tomó con sus manecicas el ruedo de su vestido y ¡ris! ¡ras! lo rasgó hasta la cintura. Esto confirmaba -por donde se mire- cuán generosa había sido con ella la madre Natura. Los bravos caballeros circundantes quedaron patitiosos y encalambrinados durante unos suspendidos segundos. Muy corto el tiempo... pero el momento no era propicio a la delectación sino al escape. La brevedad de la escena no fue óbice para que un galán ismaelita expresara la admiración general: "¡Por las barbas del profeta! ¡Ah! ¡Cuán hermosa escondida todavía había!"

¡Alerta, mis valientes! ¡Prestos a la fuga, que aquí se nos viene el rey de la selva!

El rey siguió su caminata hasta que, como sabemos, ya afuera, tuvo su encuentro cauteloso con la propietaria de los anticuchos.

Por fin el personal del circo logró abrirse paso entre la muchedumbre y salir en busca del embazador. La mortecina luz de la calle difuminaba las imágenes de modo que los leoneros no acertaban con la ubicación de su pieza y a grito pelado se preguntaban unos a otros: "¿Dónde está el león! ¿Que dónde está el león!" La pregunta era la misma; el silencio era el mismo. Hasta que entró en acción el borrachito viandante, abroquelado por el susto en una roñosa pared:

-¡Oigan! ¡Oigan! -con un vozarrón más que estentóreo-. ¡Aquí hay un león! ¡También hay una señora muerta...a...a! ¡Una señora muerta...a...a!

La segunda parte de la noticia colmó de angustia a los rastreadores.

Sin embargo, ellos no creían que un animal tan sumiso, desdentado y urbícola, fuera capaz de llegar a tal grado de bestialidad. Pero llegaron jadeantes al lugar. Y mientras unos arrebaban como en chunga al casi liberto carnívoro, otros dos quedaron junto a la mujer para socorrerla.

Dándole suaves palmadas en la mejilla trataban de volverla del soponcio diciéndole -al parecer en rigurosa expresión gramatical-: "Vuelva en usted señora; señora, vuelva en usted." ¡Y ella volvió en sí!

EPÍLOGO

En el interior del circo iba tranquilizándose el ambiente con la serena y un tanto zumbona allocución del señor Fisher, quien aseguraba que en ningún momento la distinguida concurrencia había corrido peligro alguno, por cuanto el león de la escapatoria era muy doméstico, civilizado y llevaba cargado años suficientes para la decanatura de su corporación zoológica. Pidió disculpas por el ingenuo desmán del anciano actor de su grey. Y también comprensión, "pues -terminó diciendo-, ¿quién sería tan insensible a la tentación de la carne que no acudiera a su envite?" y, como para evitar riesgos de mala interpretación entre los más jóvenes, puntualizó que se refería a la carne asada... en broquetas, principalmente. Luego con la cara llena de risa, levantó los brazos cual candidato triunfante y citando el lema de los comediantes, terminó exclamando: "¡Ahora, la función debe continuar!"

Relato basado en un tema real, contado al autor por el arqueólogo profesor Lucho Guerra Gutiérrez.

Alfonso Ocampo Young.
Escritor orureño.

